

Notas de Cultura

HOMBRES Y LIBROS

Nota crítica sobre un libro del P. Miguel de la Pinta

Recogemos en estas páginas la última recensión sobre el libro del P. Miguel de la Pinta «La Inquisición española y los problemas de la cultura y de la intolerancia», publicado por Ediciones Cultura Hispánica, recensión firmada por el catedrático de la Universidad de Madrid, don Francisco Cantera, y aparecida en la revista «Sefarad», del Consejo de Investigaciones Científicas. Reza así:

«El ilustre agustino P. Miguel de la Pinta, bien conocido por sus reiterados y magistrales estudios en torno a la Inquisición española, a los que a menudo nos hemos referido complacidos en estas páginas bibliográficas, brinda en el que ahora reseñamos, sabrosísima investigación sobre *La Inquisición española y los problemas de la cultura y de la intolerancia*. Henchidos de novedad e interés se nos ofrecen los siete amplios capítulos del bello volumen consagrados el I y el III a los Indices expurgatorios y censura de libros, a base de referencias inquisitoriales de la época; el II, a los erasmistas españoles, con especial estudio de Juan de Vergara, Fr. Alonso de Virués (acerca del cual, por cierto, recordamos haber leído abundantes noticias inéditas en el *Libro Becerro* del convento de San Juan de Burgos) y el P. Sigüenza; el IV, a la significación del renacimiento bíblico en España en la segunda mitad del siglo XVI; el V, a la literatura piadosa desde la centuria XVII; el VI — piezo de originales y curiosísimos datos — al siglo XVIII, y el final con un examen y juicio de conjunto acerca de nuestra

Inquisición, que estimamos rezuman madurez y buen criterio. El lector especializado de SEFARAD hallará en todos esos capítulos muchos y notables puntos inéditos, singularmente en el I, el III y el IV, donde se abordan cuestiones tan interesantes como las prohibiciones y expurgos de Biblias protestantes y en romance (págs. 24, 36-37, etc.,) la Biblia de Vatablo de Valencia, Arias Montano, León de Castro y su libro sobre Isaias, León Hebreo, Fr. Luis de León y los conversos (pág. 114) y, sobre todo, el proceso criminal contra los hebraístas y biblistas salmantinos Grajal, Mz. Cantalapiedra y Fray Luis de León, cuyas incidencias y significado, que tan bien conoce el autor, resume con singular maestría. Salvo en leves detalles (como cuando nos habla en la página 102 del *judío Rojas*), estamos plenamente conformes con la imparcial y a la par briosa valoración del Santo Oficio por el P. La Pinta, que no oculta los defectos del meritísimo Tribunal. Por ello creemos que investigaciones como la presente, de lectura deleitosa y estimulante, suponen positivo avance en el conocimiento de un problema histórico difícil de abordar y de juzgar, dado el apasionamiento y a veces incluso la malicia, con que a menudo ha sido enfocado». — FRANCISCO CANTERA *caedrático de la Universidad de Madrid, Presidente del Instituto Arias Montano del Consejo de Investigaciones Científicas y Académico de la Real de la Historia.*

† P. Zacarías Novoa Fernández

El día 28 del pasado mes de mayo entregó su alma al Señor, en nuestro Convento de La Vid, el R. P. Zacarías Novoa Fernández. El hecho de haber sido colaborador asiduo del *Archivo Histórico Agustiniiano* en sus dos épocas, justificaría por si solo este recuerdo que ahora le dedicamos; pero además su benemérita labor en el campo de la historia de nuestra Orden lo exige, y nosotros cumplimos gustosos este deber que nos impone su grata memoria.

Era el P. Zacarías un enamorado de nuestras glorias y tradiciones. Con paciencia benedictina pasaba horas y horas encerrado en la habitación, rodeado de cuadernos y mamotretos, revolviendo papeles y documentos y tomando apuntes para futuras publicaciones, que fueron saliendo muy espaciadamente y en una peque-

ñísima dosis: Gran parte de su trabajo ha quedado sin publicar. Allí está, en los estantes de su pobre habitación, como una prueba de su inmensa labor, de la que somos personalmente testigos, como lo son cuantos le tuvieron por compañero en las diversas Casas en que habitó.

Más de una vez estuvimos a su lado admirando su trabajo, examinando los viejos papeles, con los que tanto le gustaba vivir, y bromeando a su costa con el calificativo de rata de biblioteca que le aplicábamos por su afición a husmear en las rincones más oscuros y olvidados, que guardaban antiguos escritos de los que ya nadie se acordaba. No le disgustaba a él el calificativo, y a fe que le tenía bien ganado con las obras. Porque era un buceador infatigable en el maremagnum de polvorientos archivos, depósito de documentos en los que constan informes sobre nuestras pasadas glorias. Pocos serán los conventos de varones y mujeres, pertenecientes a la Orden Agustiniiana en España, o las poblaciones donde hubiera existido alguno de ellos, que no haya visitado el P. Zacarías para estudiar en sus archivos. Aprovechaba las vacaciones veraniegas para recorrerlos uno por uno, volviendo luego a su residencia cargado de apuntes, que ordenaba y clasificaba durante el invierno.

De este modo llegó a reunir diecinueve tomos del fichero agustiniano por orden alfabético de apellidos, veinticinco de profesiones de agustinos en diferentes conventos de España antes de la excomunión del año 1835, tres de expedientes de las Provincias, dos de Capítulos Provinciales antiguos, diecisiete con los nombres de los religiosos que formaron las comunidades de diversos conventos, tres de copia llamado Libro Becerro de la Provincia de Castilla; veintitún cuadernos de Hojas biográficas, quince de apuntes sueltos, tres de plantas medicinales, uno de anotaciones al P. Gregorio de S. Vela; ciento dieciocho carpetas con apuntes sobre conventos y dos de papeles sobre conventos y dos de papeles varios. Todo escrito a mano y por doble partida en la mayoría de los casos, pues los escritos que copiaba en los archivos los trasladaba luego en el convento a los tomos que les tenía destinados.

Lástima grande que en esta laboriosísima tarea le faltó al P. Zacarías, según nuestro parecer, espíritu crítico y seleccionador que le hubiera ahorrado mucho tiempo y hubiera hecho más fructífera su labor. Pero, a pesar de todo, el mérito del inmenso tra-

bajo realizado y de las energías y el entusiasmo puestos en él nadie se los puede discutir, antes bien, piden el homenaje de nuestra admiración, que gustosamente le rendimos. Eso aparte de que entre tantos y tantos papeles, se encuentra material abundantísimo aprovechable que el futuro historiador tiene siempre a su disposición, gracias a la ingente labor del P. Zacarías.

Labor que él desarrolló sin abandonar las obligaciones que como religioso tenía. Actuó primeramente como predicador en Bilbao y Santander, donde hizo una fructífera labor, dejando fama de buen predicador. Más tarde pasó a los colegios, donde tuvo a su cargo las clases de primaria, entendiéndose magníficamente con los niños. Fue asimismo Secretario de Provincia y Visitador provincial.

Obligado por su quebrantada salud pasó los últimos años de su vida en nuestras Casas de Palencia y La Vid, donde siguió cultivando sus aficiones históricas y atendiendo al confesionario en la medida que sus fuerzas se lo permitían. Todavía hace dos años salió, casi arrastrándose, para visitar algunos archivos de Valladolid y Salamanca.

Hay que hacer resaltar también el entusiasmo que ponía en ayudar a aquellos de sus hermanos de hábito que cultivaban con reconocido éxito alguna especialidad. Lo mismo el P. Unamuno en sus herborizaciones, que el P. Ambrosio Fernández en los estudios de entomología y hasta el P. Morán en los de Prehistoria y Arqueología contaron con la cooperación del P. Zacarías, a veces verdaderamente importante como ellos reconocían públicamente y nosotros mismos pudimos comprobar en Ceuta, donde vivimos con él cuatro años.

Publicó numerosos artículos sobre su especialidad en diversas revistas y un folleto sobre el convento de San Agustín de Jerez de la Frontera...

Había nacido en Castrillo de Villega, provincia y diócesis de Palencia, el día 5 de mayo de 1881. Estudió latín y humanidades en la preceptoría de Barriosuso e ingresó en el Convento de Valladolid en agosto de 1896. Después de haber cumplido allí el noviciado, profesó el 12 de septiembre de 1897, iniciando a continuación los estudios de la carrera eclesiástica, la cual terminó con piedad y lucimiento en el Convento de La Vid, donde fue recibiendo las Sagradas Ordenes hasta el presbiterado que le fue con-

ferido el 7 de agosto de 1904. E inmediatamente salió a cumplir su misión en las diversas Casas que la obediencia señaló y en la forma que acabamos de indicar.

La muerte le sorprendió en pleno trabajo, a pesar de que sus fuerzas ya no daban para más. En marzo tuvimos nosotros el gusto de saludarle en La Vid y allí le escuchamos el programa de trabajo que aun pensaba llevar adelante, si la salud se lo permitía. Nosotros pensábamos que muy pocos de aquellos proyectos llegarían a la realidad, pues no se necesitaba ser médico para darse cuenta de que aquella existencia marchaba rápidamente a su fin, como así fue desgraciadamente.

Descanse en paz.

P. LUIS CAMBLOR